ECOS Y VOCES DE 200 AÑOS

INTRODUCCIÓN

Prof. Andrea Greco de Álvarez

En el año 2003 se realizaban en San Rafael, por primera vez, las Jornadas de Historia y Literatura del Sur Mendocino. En aquella ocasión rememorábamos *La historia, los hombres y las letras* coincidentemente con la celebración de los cien años del traslado de la ciudad de San Rafael. Nos proponíamos, en aquel momento, que la iniciativa de unir la Historia y las Letras y de reflexionar acerca de nuestro pasado histórico y nuestra identidad, tuviera continuidad en el tiempo y pudiera perpetuarse en encuentros periódicos para ahondar en nuestras raíces.

Es así que esa idea que quedó flotando en el aire hace dos años se concreta hoy al abrir esta nueva oportunidad de conversar y debatir sobre nuestras cosas en estas 2as. Jornadas de Historia y Literatura del Sur Mendocino. Jornadas que se realizan gracias al esfuerzo conjunto de tres instituciones que se unen para hacer posible esta iniciativa: la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, El Instituto de Educación Superior del Atuel y el Instituto Sapientia.

Ecos y voces de 200 años, es el nombre bajo el cual nos reúnen estas 2as. Jornadas. ***Ecos y voces de 200 años*** porque celebramos 200 años desde la fundación, el 2 de abril de 1805, del Fuerte San Rafael, cuna del poblamiento de nuestro departamento y todo el sur mendocino. Desde aquel lejano 1805, nos llegan ***los ecos y las voces*** de los fundadores y de los creadores. Cuando decimos fundadores nos referimos a aquellos hombres que pusieron las bases, los fundamentos de aquel primer reducto establecido a orillas del río Diamante, con afán de convertirse en centro de una nueva población urbana. Y cuando hablamos de creadores nos referimos a aquellos que con su pluma han sabido consagrar en un papel, por medio del arte literario, sus ideas, sus sueños, sus íntimas aspiraciones y entrañables recuerdos.

Hemos reunido en esta publicación una serie de capítulos donde desfilan episodios de la historia de Mendoza y del Sur provincial desde la época de la fundación del Fuerte San Rafael, en 1805, hasta el siglo XX; como así también estudios literarios acerca de grandes escritores mendocinos que por su importancia se han convertido en clásicos de la literatura regional. Hay capítulos escritos por importantes investigadores de amplia trayectoria en el campo de la investigación histórica: el Dr. Adolfo Omar Cueto, la Prof. María Elena Izuel, la Dra. Inés Sanjurjo de Driollet y la Lic. Mgter. Patricia Barrio de Villanueva. En el campo de la crítica literaria: la Dra. Mabel Agresti, la Dra. Fabiana Inés Varela, la Dra. Hebe Molina y la Dra. Marta Castellino. Junto a ellos otros capítulos han sido

escritos por jóvenes investigadores, profesionales que se inician en el campo de los estudios académicos e incluso algunos grupos de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras y del IES del Atuel.

En la obra aparecen dos ejes temáticos: Historia y Literatura. En torno al primero, los capítulos analizan temas relativos a la sociedad, las mentalidades, la economía, el derecho, la política y la conservación patrimonial. En la segunda, se abordan temáticas generales como literatura y periodismo, literatura y política, o motivos literarios como la montaña o el otoño junto a otras relativas a diferentes autores: Manuel Gálvez, Alfredo Bufano, Alberto Rodríguez (h), Ángel Salvat, María Badui de Zogbi, Rafael Mauleón Castillo, Abelardo Vázquez, Gustavo Martínez Zuviría, entre otros. Se unen así la historia y la poesía para rendir un homenaje al celebrarse el bicentenario de la fundación del Fuerte San Rafael, centro de la expansión urbana del sur provincial.

Alguien podría preguntarse si tiene sentido este empeño. ¿En un mundo complejo y en crisis tiene sentido dedicar una publicación a contemplar figuras del pasado o leer páginas amarillas por el paso del tiempo?

Escribía hace unos años Miguel Verstraete:

> “Parece extravagante y bufonesco hablar de literatura en época de crisis… El país necesitaría, antes bien, encauzar un rumbo, disipar un horizonte, perfilar un sentido, creer en un destino. ¿Qué puede la literatura en tal tarea?... y bien… puede lo que es: la fuerza y la majestad de la palabra… de la palabra que desde los albores de los tiempos fue creadora. La literatura es la fragua de la palabra y ésta la morada del ser. Las cosas son en su ser y los hombres son en su destino por ella. Por eso aquella necesidad de rumbo y de horizonte, de sentido y destino tiene su respuesta en la fragua literaria de la palabra, del verbo o del logos, que redime toda crisis”[1].

Esta es una respuesta a por qué detenernos durante tres días para hablar de Literatura.

Pero ***los ecos y las voces*** nos traen también la Historia. La mentalidad moderna se complace en proyectarse hacia el futuro en lanzarse hacia lo porvenir, con desdén respecto del pasado.

> “Y el estímulo que tan premiosamente lo guía, no es el amor al futuro [...] Es más bien el temor al pasado, temor no solamente a los males del pasado, sino también a los bienes del pasado. La inteligencia no puede aguantar las insoportables virtudes de la humanidad. Ha habido tantas creencias ardientes que no podemos sostener, tantos rudos heroísmos que no podemos imitar, tantas grandes hazañas, obras monumentales o glorias militares que nos parecen sublimes y patéticas a la vez [...] El futuro es nuestro refugio ante la feroz competencia que nos hacen nuestros antepasados [...] Puedo hacer el futuro tan estrecho como lo soy yo mismo”[2].

---

[1] VERSTRAETE, Miguel, *Discurso de apertura,* en: *El lector infantil y juvenil; Proceso y Formación,* Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, 1991, t. I, p. 15.
[2] CHESTERTON, Gilbert. *Lo que está mal en el mundo*. En *Obras Completas*, Barcelona, Plaza & Janés, 1967, t.1, p. 699.

Así describe la actitud del hombre moderno el escritor inglés Chesterton en una célebre página de su obra *Lo que está mal en el mundo*. Últimamente parece que no nos contentamos con hacer estrecho nuestro futuro y queremos "inventarnos" un pasado a nuestra medida. Pero esto no es posible, porque el pasado está allí y es real, no podemos *construirlo* de acuerdo a nuestra angosta capacidad.

Porque el pasado no es solamente una serie de cuentas bien o mal saldadas, no es los libros de caja, ni las cartas de amor que quedaron olvidadas en el fondo de un baúl.

> "Son los recuerdos todavía vivos, las nostalgias permanentes, los remordimientos, las amistades que dejaron su presencia para siempre y las luchas que brindaron la oportunidad de prodigarnos con generosidad o achicarnos miserablemente frente a las pruebas del destino. Son los desprecios y los amores que perduran a través de todos los olvidos y dejan una llamita ardiendo en el corazón del hombre viejo, para que tenga en su soledad el calor de su destello" [3].

El pasado histórico todavía tiene vigencia y aunque no escuchemos los cañones o el galope de la caballería de tal o cual batalla, "tenemos la clara sensación del vacío dejado por tantas realidades desvanecidas que traerlas a la memoria nos hace el efecto de estar recomponiendo la propia vida con la evocación de esas ausencias que dieron sentido a nuestro pasado" [4].

Nuestro tiempo hace alarde de ruptura con el pasado y por eso no le interesa la historia. No ha descubierto que en el pasado se encuentra un tesoro que puede ayudarnos a ser mejores si sabemos aprovechar las lecciones que de él podemos aprender. Por eso hemos de tener la actitud que define Dante Alighieri cuando dice:

> "Así mi ánimo, que era el de huir,
> se volvió hacia atrás para mirar de nuevo
> por donde había venido…"

El pasado histórico entronca con las letras cuando al hablar de ellas hablamos de letras clásicas, perennes, perdurables, no sujetas al vaivén de los tiempos. Porque "lo clásico no es tal por perdurar en el tiempo; sino que persiste temporalmente porque es lo originario, lo primero, lo arcaico, la raíz viva y nutriente del espíritu". Por esto es que lo clásico vibra intensamente en nuestro espíritu, porque encontramos en esas letras el sustrato mismo de la vida. Nos encontramos con nosotros mismos, nos conmovemos y experimentamos una fuerza que inunda los entresijos misteriosos del alma. Nos abismamos en el principio (*arjé)* y allí encontramos un *arque-tipo*. Nuestras propias flaquezas nos lanzan al encuentro de ejemplos vivos. Nuestra indigencia espiritual

---

[3] CALDERÓN BOUCHET, Rubén. *La Arcilla y el Hierro*. México-Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2002, p. 150-151.
[4] Ibidem.

se refleja en el espejo-ejemplar encontrándose a sí misma, por lo que, simultáneamente, se experimenta y realiza[5].

Hace casi 70 años escribía Eduardo Mallea, en su memorable *Historia de una pasión argentina,* que se le hacía necesario definir —como a nosotros hoy— el origen del mal visible en la superficie del país. La respuesta que encontró es que el origen de esa situación crítica

> "era un delito de la conciencia. El delito de esos hombres que habían suprimido sus propias raíces y tenían al país sustancialmente en el aire"[6].

Por eso es importante volver la mirada atenta y escuchar ***esas voces y esos ecos*** porque ellos nos remiten a nuestras raíces y esta actitud es lo que nos permitirá edificar un futuro sobre base firme y no en el aire. Por ***eso las voces y los ecos*** que desde hace 200 años nos aguardan tienen hoy tanto para decirnos y para hacernos pensar.

San Rafael, setiembre de 2005.

---

[5] VERSTRAETE, Miguel, *1as. Jornadas de Literatura infantil y Juvenil*, 2005, CD-Rom, p. 53.
[6] MALLEA, Eduardo. *Historia de una pasión argentina*. 20ª. edición, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, p. 82.